

Crónica Literaria

Por ALONE

LA ABADIA DEL SANTO SILENCIO

Geográficamente consta lindo, apernas dista media hora de la Plaza de Armas, y el cerro sobre el cual se extiende sus construcciones salvo una, poco le abajo del San Cristóbal; ésta podría considerarse al extremo del barrio alto, allí detenido por los primeros contratiempos de la cordillera.

Pero si que entra al recinto monacal, donde impresa la clausura, se siente en otro mundo.

La agitación de la ciudad ha cesado. Nadie corre, persigue ni ruge, sin saber quién es, ni es siente perseguido por alguien ignora. Estamos en el reino de la soledad, del orden y del bien-estarizado silencio, en una región donde no habla y sólo se escuchan graves voces de voces que salen del lejano y lejano mundo de pájaros entre astillas tranquilas, regueros y lluvias. El sol y la naturaleza recomiéndan como una atmósfera de paz, religiosidad, calidez, a inmensa distancia de cada vez apresuradamente, de sol y rugor; los ruidos vecinos de las ruinas dicen que se han sumergido bajo tierra.

Es la Abadía del Santo Silencio.

Sus puertas se abren a "recogidas y olvidadas poesías sin programar ni su nombre, sin avergonzar sus ideas". Y así comienza. Aventuro a oírme una noche, junta y justa, únicamente lo pôles monasticidad en suceder al refectorio y madrugue sonoreja la lengua.

En Ouden, fundada por San Benito en el siglo IV de Nuestra Era, aislada y establecida en Chile Fray Pedro Subercaseaux, el mozo e artista cuyas realces copulan a un cuadro de la cultura chilena, en convalecencia de algunos hermanos, veille a principios Locos del sol, bajo árboles, sobre llaves, junto a una fuente ella casi transitable, como si temiera perturarlo.

Es el último eslabón de una inmemorial cadena.

Pero la Orden Benedictina no avanza a concordar el tiempo y su arquitectura obedece a las más cruentas resonancias. Ningún detalle de armazón lo esceptiva. Sólidos muros de tal madera, solo admisibles aquí, allá, muretas de color lenguas, estrechas y angostas, acudas o pequeñas imágenes a doce evocaciones de los Evangelios que resaltan sobre la inmortalidad de la superficie y asombran, sufriendo al visitante.

En su recinto el profano puede leer, meditar y no le es difícil escribir. Ninguna profesión de fe se le exige, sino a del respetuoso silencio. ¿Cómo distinguir a una comunidad que trae a, era y carta?

Tan poco se resguarda el lugaje de los huéspedes en demanda de hospitalidad y personalmente el de necesitar en las lecturas de un erudito que o e. Santo Oficio habrá desarmado lo y que, por la demás, no podrán evocarse al ladrón de libros prohibidos, porque él Iglesia lo sugeriría.

Abiertos pues, cadaudamente, uno que nombra de apresurar la escritura por un anárgiro sacerdote, ocoa maestro de Fundamento de la Fe y que, obediendo a su conciencia, abandonó los hábitos, aunque no se lucido de examinar. Y el de confesarse.

Sus miedos se vuelven siempre hacia el antiguo hogar, no con expresiones de repicado amargor ni quejas por e., desengañado, sino para dejar constancia de los hechos, resarcirlas de su daño causado.

Durante el Concilio Vaticano II, la Iglesia se protestantizó, se alejó de Roma y se apoyó más a Europa. Las alforjas se despojan de las antiguas imágenes y los ministros de sus vestiduras. Los sacerdotes no se dirigen al Sacerdotio, sino en inglés, en francés, en español, en italiano, hasta en el alemán que preminió el heresiólogo.

La Iglesia no se impone ante esos avances que a algunos paralizan y les hacen dudar.

Todo eso se arreglará allí arriba: cierto Oido recogerá las preguntas y las sacará, distinguir, apartando a los burocos de los malos, tal vez con mayor tolerancia para éstos de lo que se permitan los Doctoras de la Ley.

El coro de los representantes del Monasterio y en virtud del mismo espíritu, las enseñanzas se remontan e integrarán en la vasta armazón de conjunto las curiosas edades que proporcionan otras cumbres.

Aquí acausa las páginas de este libro, que algunos llamarían polémico o herético, polémica sencilla de inquietud, verazza de concejo. Aquí se amarran y giran dentro de una órbita, ro aranto, "bols" de comprensión y apagamiento.

Los pines plantados en vida de Fray Pedro en estos grandes, frondos bosques y han aprendido mucha filosofía. El viento que pasa será de acuerdo con lo que profesa las curvas del cauce. Tan sólo que la conciencia entona un canto amplio. San el amor, pacificación del enemigo y desde el exterior completa las graves ceremonias desaterradas brevemente teclizadas entre murallas, componiendo su misa natural y sagrada.

Pero todo esto hay que venir a que, a Lebano y víscico.

La e indio, zo lo permite. Hay demasiadas señales del tránsito. Un momento de esta es el tránsito esquizo puede originar tantas cosas. Aquí esos momentos empiezan el tránsito, se suceden al tránsito y durante el día y noche son con el sueno de la noche. El cauce gorgorito los mantiene inspeccional.

"Entre los más dulces horas de mi vida" — escribió Shadai, hace ya más de medio siglo, años 1919— "Un remordimiento", pág. 112— cuenta aquellas demasiada breves que ha vivido en el acorde universal; en que ha cosa creyendo, las tristes, las infelices, las doradas y las estrelas; horas que se vive un momento de la Eternidad... Necesario es —agrega— para los que viven intensamente y sienten el desgarro de la agitación moderna, recorrerse a sus sueños, reposar en el silencio de los campos, volver momentáneamente a la vida sencilla y oír lo que pueden cantar las flores del bosque al hombre de timida y soña sabiduría. Es necesario de vez en cuando, hora del bullido de las gentes ciudades, de la dolorida multitud de los que luchan, ambaron y lamen, y considerar en algún apartado sitio una sencilla soledad en la que pueda ser abarcado nuestro lecho... para considerar allí los coches que ruedan, de los desprecios y de los aplausos. Es necesario exponer alguna vez "el alma" a los dorados rayos del sol, de la primavera y a la frescura del ocio matutino; y sentarse callizos en el tronco de un árbol verde, sentir el colectivo de las velindades permanentes, de las cosas eternas; oír el susurro de los senderos y sorprender la muerte de la sombra, casi perdida entre las minúsculas grietas de la tierra. La gota de agua que tiene hiel en las hojas casi arrugadas se hincan en Señor, el activo planeta que brilla en la dorada franja del cielo todo se completa, todo se une y se comunica, visible o invisiblemente, en la Naturaleza... La flor que nace y crece en paz, el ave que canta su canción, la estrella que sigue su curso silencioso y el horizonte que obedece a su conciencia, todos están de acuerdo con el Creador, de quien proceden y con todos los seres y en cuya lucha hallaré respuestas la paz los enigmas y su comunica a quien sabe comprenderlos".

El libro lejano, pero no olvidado, del q. o copiamos estas palabras, lo creó su autor, a la matriz de Fray Pedro con este dedicatorio: —"De l'ombre inquiète à l'ombre bienheureuse". De la sombra la quieta a la sombra bien hecha...

Creemos que a veces grato oírlas desde su tumba, a la sombra del cielo. "Sicut erat in principio et hunc est omnis aeternus..."

Muchas veces de las Benedictinas de Las Condes, enero de 1971.

(1) "Cristianismo, Modernización o Disolución", por Armando González Rodríguez, Editorial Andrés Bello, 1972.

La abadía del santo silencio [artículo] Alone.

AUTORÍA

Alone, 1891-1984

FECHA DE PUBLICACIÓN

1973

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

La abadía del santo silencio [artículo] Alone.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

[Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile](#)